HOMENAJE AL PROF. DR. RICARDO ERCOLE

El 4 de septiembre de 2013, en la Sala Multimedia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Rosario, tuvo lugar un homenaje al Prof. Dr. Ricardo Ercole, al cumplirse 25 años de su fallecimiento.

El flamante profesor titular de la Cátedra de Urología, Dr. Lelio Zeno, habló de la historia de la Cátedra creada en 1920 al inaugurarse la Facultad de Ciencias Médicas. El primer profesor titular fue el Dr. Miguel Llanos, que también fue presidente del Círculo Médico de Rosario. El Dr. Ricardo Ercole fue el 5º profesor titular, se desempeñó como tal desde 1955 hasta 1970 y marcó un antes y un después en la Urología rosarina.

A continuación el Dr. Zeno dio la palabra a dos de los discípulos de Ercole, los doctores Ernesto Mattos y Olga Provenzal, cuyos discursos se transcriben.

Evocación del Dr. Mattos

Quisiera que estas palabras sean un merecido homenaje a una figura de inmensa dimensión para la ciencia médica y humana, tal como lo fue Ricardo; por ello, no puedo circunscribirme a la mera crónica de su intensa vida profesional.

Para comprender su prestigiosa trayectoria, debemos evocar su persona desde tres puntos de vista: primero, como científico, segundo como maestro y tercero como amigo.

Este orden no es caprichoso, sino que intenta darle el mayor tiempo a los dos últimos aspectos, que fueron –acaso– la impronta que más grabada quedará en nuestro ejercicio profesional y en el corazón de todos sus discípulos.

El científico

Luego de graduarse como médico, en el año 1927, ingresó en la Cátedra de Clínica Quirúrgica de su dilecto maestro, el profesor Artemio Zeno, transitando las distintas etapas de su formación, desde el practicanato a la Jefatura del Servicio de Clínica, y luego como Cirujano General.

En julio de 1929 obtuvo el doctorado en medicina. Entre 1934 y 1935, fue jefe de la sala de Urología en el Hospital Italiano de Rosario.

En 1941 ganó por concurso la Jefatura de Servicio de Urología del Hospital Freyre, donde realizó una gran tarea docente y asistencial.

En 1946 fue elegido primero de la terna de la Cátedra de Urología para Profesor Titular, renunciando meses más tarde, por su concepto del honor y la solidaridad, ante las cesantías injustas de prestigiosos profesores.

Nuevamente en 1955 obtiene la merecida titularidad de la Cátedra de Urología de la Universidad Nacional de Rosario, a la que tanto quería, dándole a la misma su esfuerzo incomparable, gigantesco y sorprendente, haciéndola brillar en todos sus aspectos.

Resaltamos, entre muchos de sus numerosos logros, el haber sido uno de los socios fundadores de la Sociedad de Cirugía de Rosario, Presidente de la Sociedad Argentina de Urología; posteriormente constituyó con un grupo de urólogos la Sociedad de Urología de Rosario, siendo su primer presidente, para más adelante fundar la Confederación Argentina de Urología, donde también es elegido para presidirla.

Debemos destacar asimismo que fue Miembro del Colegio Internacional de Cirujanos, *Fellow* del *American College of Surgeons,* y Académico Corresponsal de la Real Academia de Medicina de Barcelona.

Inquieto viajero y ávido de conocimientos, recorrió el mundo, aprendiendo técnicas y conceptos novedosos, que introdujo al país y transmitió generosamente a sus discípulos, llevando la urología de Rosario a un sitio de vanguardia.

Tuvo también una importante participación como relator, miembro de Comités Organizadores y presidente de numerosos congresos, tanto en nuestro país como en el extranjero.

Por este motivo, a lo largo de su vida, cosechó muchos amigos célebres en Europa y América, entre los que puedo recordar a Ferdinand May, Peter Bischoff y Alquen en Alemania; Bracci y Franco de Giróncoli en Italia, Puigvert y Gil Vernet en España, Gregoire en Bélgica, Goodwing y Politano en Estados Unidos, el Profesor Couvelert y Civert en Francia.

Fue autor de numerosos trabajos científicos que fueron publicados en el país y en el exterior.

En 1982 fue nombrado Académico de la Universidad de Córdoba, Urólogo Maestro por la Sociedad Argentina de Urología, y en 1986, la Asociación Española de Urología le otorgó en Pamplona la medalla "Francisco Díaz".

Una de sus obras más queridas y cuidadas fue la fundación del Sanatorio Parque S.A., siendo su Presidente por mas de 30 años, contando para este cometido, con la inestimable compañía de sus colegas y grandes amigos, los doctores Villavicencio, Tejerina, Roncoroni, Sgrosso, Sugasti y posteriormente Babero y Benetti.

A esta obra le brindó gran dedicación, calidez humana y prestigio profesional, sintiéndose orgulloso de la misma. El desarrollo y actual reputación del Sanatorio Parque es motivo de orgullo para quienes compartimos con él sus horas de dedicación al mism, viendo el engrandecimiento de la obra que con tanta pasión inició.

El maestro

La humildad, la prudencia y la sobriedad fueron sus características, así como también la prosa concisa y expresiva. Es por este motivo que me permito transcribir un segmento de su trabajo en la formación del urólogo, que refleja la enseñanza para con sus discípulos:

"Primero médico, después cirujano. La cirugía es un arte, y quien la practica debe tener un mínimo de condiciones necesarias para desarrollar dicho arte. La habilidad, la destreza manual, si bien puede perfeccionarse con un aprendizaje adecuado, es una condición innata que no todos poseen, como tampoco todos poseen la personalidad que marca el carácter del cirujano. La severidad de juicio, la decisión oportuna, pueden salvar la vida de un paciente en la mesa de operaciones, lo que muchas veces representa tener coraje. Pero coraje no quiere decir audacia, coraje representa tomar una decisión trascendente en el acto operatorio, respaldado por el conocimiento pleno de la fisiopatología y con el dominio amplio de la técnica, tal como el avezado capitán de un barco que en plena tormenta sabe girar oportunamente el timón, con lo que salva al pasaje de una tragedia inminente."

En 1977 fue nombrado presidente del congreso de la Confederación Americana de Urología, y como siempre quería a su lado a algunos de sus discípulos, tuve el honor de ser designado por él como secretario de la Presidencia.

Admiraba la inteligencia y la originalidad, con la misma intensidad con la que detestaba la mediocridad y la indolencia; estas últimas no tenían cabida ni en su servicio de cátedra ni en su clínica privada.

Al hacerse cargo de la cátedra de Urología del Hospital Centenario, se rodeó –sin ninguna clase de egoísmo– de las primeras figuras de la urología de Rosario, tales como los profesores Dotta, Delporte y Tettamanti, quienes también contribuyeron grandemente a nuestra formación.

Remodeló la Sala 11 del hospital, haciendo de ella un servicio ejemplar, de una dinámica ágil tanto desde el punto de vista intelectual como asistencial. Brindaba un servicio a los pacientes de escasos recursos. La calidad médica ofrecida en ese hospital público era motivo de unificado asombro.

La medicina fue para él una de las partes más importantes de su vida, dedicándole todo el tiempo necesario, sin poner limitaciones del mismo.

Fue por su dedicación y capacidad que el servicio de Urología del Hospital Centenario fuera considerado en su momento como uno de los mejores servicios de la especialidad en el país, ganándose el respeto y admiración de sus colaboradores y amigos, influyendo en ello el tratamiento humanitario para con los enfermos y el trato cordial para con sus discípulos y colegas.

Nunca dejó de acudir cuando lo necesitaban, en cualquier lugar y momento del día.

Era minucioso y escrupuloso. Nos reunía para motivarnos a realizar publicaciones científicas.

Recuerdo que nos decía: "Todo está escrito, pero si a esto le agregamos nuestra experiencia personal, o algo original, habremos contribuido a la ciencia, aunque sea ello en forma muy pequeña".

Controlaba y corregía todos los trabajos que se hacían en la cátedra con su famosa "tinta verde" (que risueña o inocentemente criticábamos), corrigiendo algunos párrafos con puntillosa severidad y justeza.

Semanalmente realizábamos seminarios científicos, y otros días comentábamos los casos a operar. Permitía la opinión de todos y finalmente aconsejaba lo mejor para el enfermo, fundando magistralmente los motivos por los cuales emitía su opinión.

Luego llegó una etapa en la que alguno de nosotros estábamos en condiciones de dar clases y tomar exámenes. Sentado en primera fila escuchaba con atención nuestras exposiciones, lo mismo sucedía cuando tomábamos exámenes, luego de lo cual se reunía con

nosotros personalmente para hacernos las observaciones y mejoras necesarias.

Organizaba cursos y sesiones quirúrgicas dos o tres veces por año, invitando a los mejores urólogos de Europa y Estados Unidos, quienes eran los que realizaban la cirugía, ayudados por el jefe del sector al cual pertenecía el paciente seleccionado por el médico invitado.

Fue así como el Dr. Ercole nos abrió las puertas del mundo urológico, dándonos la oportunidad a todos los médicos de nuestra Sala de oficiar como ayudantes y así, aprender al lado de profesionales internacionales muy prestigiosos.

Nos impulsó a viajar, a visitar servicios de jerarquía, a interactuar con médicos internacionales de prestigio, los cuales nos abrieron sus puertas y nos dieron un trato preferencial.

Siempre a la vanguardia introdujo al país en 1957 el primer riñón artificial en una sala hospitalaria.

Realizó en el Sanatorio Parque el primer trasplante de riñón con donante vivo en Rosario.

Como cirujano tenía una técnica muy depurada, perfeccionada y prolija y un gran conocimiento de la fisiopatología, lo cual le proporcionaba una seguridad en sus movimientos; demostraba en cada acto quirúrgico un gran aplomo en situaciones inesperadas. Aun en los momentos más críticos de un acto quirúrgico, mantenía la calma y continuaba con su ritmo mesurado, haciendo gala de su gran conocimiento y valentía.

Por todas estas condiciones, podemos decir que el Dr. Ercole fue un brillante cirujano, que supo transmitir a sus discípulos, sin ningún individualismo, sus conocimientos, la ética médica, el respeto por el paciente y por el colega. Fue un detallista obsesivo con todo lo que emprendía, no importando la dimensión del mismo.

El amigo

Sumó a todas las virtudes destacadas, la calidad especial y humana, que se trasuntaba en él también en el ejercicio de la amistad. Aquí también fue un grande, pues poseía una sensibilidad especialmente distintiva.

Abrió las puertas de su casa a todos, junto a su gran esposa Ida, agasajándonos y demostrando un gran cariño y reconocimiento.

De la misma manera, tenía un afecto muy especial por sus discípulos, y por más que muchas veces trataba de disimularlo, una sonrisa muy particular lo delataba, y ese afecto contenido, aun de ese particular modo, se sentía y nos conmovía.

Entre los numerosos colegas urólogos amigos había desarrollado una entrañable amistad, particularmente con Alberto García, Rocha Brito, Frank Huges, Puigvert, Vargas Salazar y muchos otros.

Personalmente sentí por él un gran cariño, una admiración y respeto profundo, y un agradecimiento especial por todo lo que me brindó, tanto en lo humano como en lo profesional.

Nunca olvidaré que en un momento muy triste de mi vida, me tendió la mano y me dijo: "El lunes lo espero en el hospital".

En mi nombre y en el de mis colegas digo a nuestro Maestro: "Gracias, Ricardo, con todo el respeto, admiración y cariño que te tenemos; hoy como ayer, seguís estando entre nosotros".

Evocación de la Dra. Provenzal

Semblanza de un gladiador, Maestro de maestros

Es probable que muchos de ustedes hayan escuchado esta charla en la Sociedad de Urología, pero como dice una conocida actriz de nuestro medio, el público siempre se renueva.

Hablar de Ricardo Ercole y su relación con la Cátedra de Urología de la Facultad de Ciencias Médicas sin mencionar a otros personajes esta historia no sería posible, por lo tanto les cuento…

Hacia fines de 1955, cuatro hombres, profesores de la Universidad, se reunían para conformar una mesa de exámenes, en la cátedra de Clínica Génito-Urinaria de la Facultad de Medicina de Rosario, dependiente en aquellos días de la U. N. del Litoral.

Si me permiten desde el inicio regalarles una sonrisa, ¡qué línea de cuatro!

Ricardo Ercole, José Dotta, Tomás Delporte, Juan Carlos Tettamanti.

El primero a cargo de la titularidad y sus escoltas como adjuntos, conformando sin ellos saberlo, lo que los estudiantes de la época, con muy poco respeto por cierto, denominaban como la mesa de los 4 jinetes del apocalipsis, imaginen ustedes el porqué…

Los tres acompañaron al Profesor Ercole no solo en su actuación académica sino además en dar forma a la Sociedad de Urología de Rosario, y luego a la Confederación Argentina.

El primer adjunto, José Dotta, impresionaba como un hombre serio, severo, poco afecto a las bromas, su mirada azul podía ser fría y distante, pero (siempre

hay un pero) no bien se lo conocía un poco, se encontraba uno frente al maestro, respetuoso y afectivo, con un gran sentido del humor, hay anécdotas famosas que así lo avalan, y que no son precisamente para comentar en el ambiente académico que hoy nos convoca. Era excelente cirujano, cuando quedaba a cargo de la cátedra siempre tenía un momento para dedicarnos, ya fuera en el quirófano o en la discusión de algún caso clínico. Fue presidente de la Sociedad Argentina de Urología y miembro fundador de La Sociedad de Urología de Rosario, de la que fue su segundo presidente; fue además fundador de la Confederación Argentina.

Prolífico autor de trabajos científicos, asiduo concurrente a Congresos y Jornadas donde se lo reconocía como excelente orador. Su carrera como docente en la universidad pública terminó abruptamente como la de tantos otros en 1974, pero continuó ejerciendo en el ambiente privado; un hijo que seguía sus pasos en la medicina y en la vida lo esperaba.

El profesor Deporte que inició su carrera docente como adjunto, continuó luego siendo Profesor Titular. ¿Cómo definir su personalidad en pocas palabras? ¿Era buen profesional? Sin duda alguna. ¿Reconocido? Seguramente. ¿Buen profesor? Altamente calificado, pero… ¿era solamente eso? No, don Tomás era por sobre todas las cosas, un señor, un caballero en toda la extensión de la palabra.

Organizado, prolijo hasta la exasperación, mesurado en todos sus actos. Con esa mesura gozaba de una buena vida, conformó junto a Carmencita, como llamaba cariñosamente a su esposa, una excelente familia. Hombre de vasta cultura, de fina educación, honesto y sincero. Capaz de dar un consejo acertado, tanto en el marco académico o científico como en la elección de un buen vino. Disfrutábamos oyéndolo hablar de Europa, de mil y un hechos que tenían que ver con el arte y la cultura. Le encantaba recomendarnos lugares y algunas de sus preferencias culinarias.

Ocupó la presidencia de la Sociedad de Urología de Rosario, fue partícipe activo de Congresos, con presentación de trabajos científicos y conferencias y fue distinguido en múltiples oportunidades por la comunidad urológica.

En la década del 70, en un momento de intolerancia política, en la Universidad, un retiro sin causa que lo justificara, interrumpió su carrera. Soportó estoicamente los embates de aquellos días totalmente olvidables, y si bien todos lo acompañamos de la mejor manera que pudimos o supimos, no dijo más palabras que las justas y oportunas referidas al momento vivido.

Se alejó cuando se lo exigieron y regresó cuando lo necesitaron, y retomó su cargo, como si nada hubiese pasado, casi con un "como decíamos ayer…" Nadie que lo haya conocido podrá olvidar aquélla, su figura, elegante y distinguida, que llegaba siempre con puntualidad europea a cumplir su tarea diaria.

Y siguiendo en el túnel del tiempo, cómo olvidar a la otra figura de aquel inolvidable cuarteto de señores profesores. Cómo no recordar al Prof. Juan Carlos Tettamantti, el hombre silencioso, de pocas palabras, apenas lo justo y necesario. Puntual en las mesas de exámenes, parco, mesurado, pero no menos temido por los estudiantes a la hora de rendir. Si bien nunca trabajó en forma directa en la cátedra, con los más jóvenes de aquella época siempre tuvo gestos de generosidad, en las recomendaciones que hacía, basado fundamentalmente en su gran experiencia médica. Fue miembro fundador de nuestra sociedad, y partícipe activo de Congresos y reuniones científicas. Era un hombre inteligente, honesto, práctico en su trabajo. Sus colegas tenían por él un gran respeto, respeto que por cierto siempre concitó entre los más jóvenes. Se alejó de la cátedra silenciosamente, en aquellos aciagos días que tan marcados nos dejaron a los que nos tocó vivirlos.

Después de la llamada Revolución Libertadora el 16 de septiembre de 1955 la Facultad de Ciencias Médicas de Rosario quedó sin cuerpo docente, hecho que reiteraba lo sucedido 10 años antes, en 1946, cuando se exoneró al Prof. Dr. David Staffieri, que detentaba entonces el cargo de Decano de la Facultad de Medicina, y todos los Profesores de manera solidaria lo acompañaron con su renuncia.

Los entonces jóvenes alumnos que iniciábamos el ciclo clínico, recorríamos el Hospital del Centenario en busca de las cátedras donde profesores renunciantes del 46 eran reintegrados y comenzaban a ocupar sus lugares y presentaban sus primeras ponencias. Recuerdo que con un grupo de amigos asistíamos a todas las clases inaugurales aunque fueren de nivel muy superior al 4º año que veníamos cursando. Así fuimos oyendo las magníficas palabras de gente inolvidable como David Staffieri, José Manuel González (Gonzalito), Juan Martínez, José María Fernández, Oscar Cames, Wenceslao Tejerina, y tantos otros.

Hasta que un día alguien anunció "mañana dan la clase inaugural de Clínica Génito-Urinaria", no re-

cuerdo el tema, lo que sí recuerdo es que ninguno de nosotros pudo hacer otra cosa que quedar fascinado por esa persona con un rostro casi inexpresivo, de hablar pausado (con el tiempo supe que le tenía terror al público), que sabía lo que decía y cómo decirlo; salimos de allí convencidos de que ese día había sido único, como pocos, porque habíamos visto a un verdadero gladiador en acción. Su nombre no nos decía nada aún: se trataba del Prof. Dr. Ricardo Ercole.

Pasó el tiempo, hasta que materia tras materia llegamos a 5º año y comenzamos los trabajos prácticos de Clínica Génito-Urinaria, larga denominación de aquella época. Y seguimos fascinados por don Ricardo, no me pregunten por qué: no era simpático, ni expresivo, ni siquiera buen mozo, lo que dejaba traslucir era autoridad innata; podía congelar solo con una mirada, pero aprendimos a convivir con su carácter y su personalidad. Tanto fue así, que en el momento de elegir Servicio para hacer el practicanato, no dudé un instante, visité a Tita Castro, su inefable secretaria, le pedí una audiencia, me armé de coraje y solicité su opinión sobre la posibilidad de entrar a su servicio y me contestó: ¿y por qué no, nena? Además, me dijo "si Goodwin puede tener una ayudante mujer yo también puedo", y allí comenzó mi historia en la urología, en un ya lejano 20 de noviembre de 1958.

Personalmente le debo a don Ricardo, a nivel médico, todo; si no hubiera contado con su aval, no habría llegado a sentirme tan cómoda dentro de la medicina como en la urología, teniendo como tuve el desafío de ser la primer mujer que hizo la especialidad en el país, y haber tenido luego el inmenso honor de llegar a presidir la Cátedra, que él refundara. La última vez que lo vi, nos encontramos de casualidad, una fría tarde de invierno en la esquina de Alvear y Santa Fe. Cuando se enteró que desde hacía un tiempo era profesora adjunta me dijo "no te apures, ni te preocupes que vas a llegar".

Ercole tenía una capacidad y seguridad quirúrgicas envidiables, pero no lo eran menos sus conocimientos clínicos, lo que hacía que cuando se indicaba una cirugía ésta viniera sólidamente avalada.

Siempre repetía "si se desconoce la clínica de un paciente es inútil querer operarlo" y preguntaba "¿De qué lo van a operar, che, de una radiografía? Pobre, no sabía que tiempo después se podrían operar de una resonancia magnética…

Siempre deseó hacer y por ende que hiciéramos, "medicina de medida" dejando para los mediocres la "medicina de confección". No tengo interés en que sean simples costureros, cuando pueden llegar a dictar la moda, repetía.

Por otra parte era muy severo en cuanto al trato del paciente, lo ponía frenético oír decir "el adenoma de cama 4". Las camas no tienen patología, repetía constantemente.

Era severo, a veces hasta la persecución, puede que haya sido injusto en alguna oportunidad, con algunos más que con otros, pero nunca lo hubiéramos admitido públicamente: de alguna manera, era nuestro Dios. Por otra parte es bien cierto que eran otras épocas.

Sus correcciones de nuestras presentaciones escritas merecen un capítulo aparte, lo hacía con tinta verde, les aseguro que nunca vi nada más parecido a un campo de golf que alguno de nuestros trabajos después de pasar por sus manos.

Fue amigo de sus amigos y magnífico con ellos, sentía gran desprecio por los mediocres. Con sus adversarios fue siempre implacable.

Gran lector, envidiaba a los genios de la pintura y de la música, hubiese querido ser uno de ellos… Lo que no sabía –o tal vez sí– es que llegó a ser un genio con el bisturí.

Habrá tenido tal vez muchos defectos, pero su gran virtud fue su cariño por los hospitales donde trabajó, su respeto por el paciente hospitalario al que operaba y controlaba personalmente. Era el primero en llegar y uno de los últimos en irse, conocía todo del servicio, era muy raro que faltara y menos aún sin previo aviso.

Le encantaba que lo escucharan, la buena mesa, el buen vino y las mujeres bellas. Desconfiaba de los que lo adulaban.

Tenía una gran capacidad para organizar lo que fuere: desde un asado en su quinta de Funes al congreso internacional más complicado, todo estaba previsto, todo funcionaba sobre ruedas (claro, no debemos olvidar al ejército silencioso que lo seguía sin opinar, casi, hormigas obreras que trabajaban sin descanso, sobre todo Marta, su hija, a la que él adoraba).

El XIV congreso de la Confederación Americana de Urología en 1978, del que fuera Presidente, fue uno de los acontecimientos científicos y sociales más espectaculares a los que yo haya asistido. Ni el momento histórico, ni la situación de la urología argentina, ni que se llevara a cabo en Buenos Aires, fueron óbice para que todo fuera perfecto.

En definitiva, siempre he pensado que con mar-

chas y contramarchas su vida fue la de un hombre, simplemente eso, con sus pasiones, sus luchas internas y externas, sus deseos cumplidos o no. Pero seguramente era un hombre que sabía lo que quería y hacía lo indecible por conseguirlo. Me pregunto a veces ¿habrá sido feliz? Seguramente sí, a su manera. Creo que fue envidiado, odiado, amado, respetado, todo a la vez y tal vez por la misma gente.

Ocupó en la Urología un lugar preponderante, fue un creador, un innovador de técnicas quirúrgicas, escribió libros que como el de Incontinencia de Orina aún tienen vigencia.

En todos los congresos presentaba trabajos que eran valorados, publicó múltiples escritos en todas las revistas de la especialidad. Fue orador casi insoslayable en cursos y congresos. Ocupó los más altos cargos en la Sociedad Argentina de Urología¸ de la fue su presidente en 1948; fue miembro de las más importantes Sociedades Internacionales de Urología de todo el mundo, fue condecorado y homenajeado por todas ellas, era amigo personal de las grandes personalidades de la especialidad del mundo, por nombrar solo a algunos: Roberto Rocha Brito, Alberto García, Frank Hugues, Jean Cibert, Antonio Puigvert, Roger Couvelaire, Gregoire, Goodwin, Politano, Vargas Zalazar, profesionales exitosos que llegaban a su servicio del Hospital Centenario como a su propia casa.

En 1961 con un grupo de urólogos de Rosario y Santa Fe, fundó la Sociedad de Urología de Rosario, de la cual fue primer presidente. Fundó con sus colaboradores el órgano de difusión de la misma la *Revista de Urología de Rosario*.

Impulsor de la fundación de la entonces Confederación Argentina de Urología, fue su primer presidente, siendo secretario su muy querido discípulo Hugo Rubino. Por razones administrativas, esta entidad pasó a ser Federación, la que se nutre con la presencia y el saber de muchas generaciones de urólogos de todo el país.

Probablemente ése haya sido el sueño de don Ricardo, que sigamos juntos y tal vez al hacerlo estemos entre todos, rindiendo el verdadero y merecido homenaje a nuestro profesor, un hombre tan particular.

No puedo, ni quiero, terminar estas palabras, sin leerles un párrafo de la nota necrológica que escribiera otro dilecto colega y amigo, el Prof. Dr. Walter Solís de la Cátedra de Urología de Corrientes, en ese momento presidente de la Confederación Argentina que tituló *En el recuerdo* y dice así: "Era un gran clínico, habilísimo cirujano, meticuloso, razonado y seguro. Didáctico, claro, preciso sin retórica, sin referencias ajenas: su práctica y su experiencia eran el principio y el fin de sus exposiciones. Ésta era su bibliografía".

Para todos aquellos que fueron mis maestros, nuestros maestros, lo más sentido y profundo de mi corazón. Muchas gracias.

La comida sana se captura sin red ni trampa.

William Blake (1757-1827)